

su ingreso á la materia por la economía del exordio que va á pronunciar un panegírico, donde lo principal son los hechos, y la moralidad consiste en las aplicaciones del auditorio, circunstancia que nunca aparece por lo comun en las obras encomiástico-sagradas de los otros oradores. Por lo demas, la noble sencillez con que está trabajada esta introduccion, el uso de las circunstancias mil que ofrecia la respetable concurrencia de tantos eclesiásticos insignes por sus luces, por sus dignidades y poder, para sacar cualquiera asunto de la esfera comun; el enlace oratorio de los pensamientos por donde pasa á fijar su proposicion; la eleccion, aplicacion y desenvolvimiento de un texto que, sin ser mui característico, es bastante fecundo, nos obligan á mirar este exordio como digna portada de un templo magnífico, elegante y lleno de primores.

Profesamos grande respeto al cardenal de Maury para terminarnos á censurarle sin ser estrechados por motivos mui poderosos. Pero, á mas de haber visto en sus defectos un ejemplo mui funesto para la juventud que se forma en las ciencias eclesiásticas, una casualidad feliz nos proporciona la imponderable ventaja de apoyar nuestra crítica en la autoridad de este orador. Oigamos lo que dice él mismo en su Ensayo sobre la elocuencia del púlpito. Increpando fuertemente á los oradores que buscan mas bien la celebridad entre los hombres, que los adelantos del cristianismo en la virtud: “¿No tenéis, les dice, sino motivos humanos que desenvolver en esa cátedra donde ejercéis la autoridad del Supremo Juez del universo? ¿No conocéis por ventura otros medios extraños y superiores á los intereses de la vida presente...? Pero á una ciega inclinacion á brillar se sacrifica la sólida gloria, fácil de adquirir abandonándose á los impulsos de la piedad, tan estrechamente unida con la sensibilidad que requiere la elocuencia... Seria de apetecer sin duda que al sujetarse á los penosos trabajos del ministerio, contentos con ser útiles á la religion, viesen los oradores que aquellos nunca serian dignamente recompensados por el vano y estrepitoso ruido de la celebridad.”

Leccion sublime es esta, que arguye un sentido crítico tan delicado como aquella sábia circunspeccion que, incapaz de limitarse á los artificios de la retórica, liga estrechamente con ellos la importancia del asunto, y determina presto á los maestros del arte á medir y compasar sus palabras cuando se trata de caracterizar la elocuencia evangélica. ¡Porqué triste fatalidad el mismo que nos arranca tan dulces homenajes en su estimable obra sobre la elocuencia del púlpito, el

grande admirador de Bossuet y Fenelon, olvida tan profundos principios y ejemplos tan elevados cuando abre su boca para celebrar los triunfos de un Santo Padre que con admirable destreza hermanaba siempre la humildad con la victoria!

## PRIMERA PARTE.

El genio cae algunas veces; pero su fuerza prodigiosa de accion incapaz de abandonarle, mui pronto le eleva á una esfera superior, de donde no nos es ya posible bajar nuestros ojos. Así es que al introducirse el orador en su primera parte, abre la escena con una grande y hermosa perspectiva, tras de la cual se oculta para ocuparnos exclusivamente en el cuadro político y religioso que precedió al nacimiento del héroe sagrado.

“Representémonos, dice, en el nacimiento de Agustin la Europa inundada de bárbaros; el trono de los Césares trasladado ó mas bien sepultado en el Oriente; usurpadores sin genio disputándose una diadema envilecida y siempre vacilante sobre la frente de un fantasma sin autoridad; Roma caída, no diré solamente de su libertad antigua, sino aun de aquella esclavitud brillante con que osaba enorgullecerse, cuando sus primeros emperadores se dignaban á lo ménos acariciar su fiereza, presentándole el freno; los descendientes de los árbitros del mundo no conociendo ya otras revoluciones que las mudanzas de opresores; los Gaulas destruidos por una invasion extranjera y trastornados por sediciones intestinas que arrebataron á aquella infeliz comarca sus costumbres, sus leyes, sus habitantes y hasta su nombre; el cristianismo agitado por sacudimientos repetidos que prolongaban al mismo tiempo sus desastres y sus victorias, apoyándose de una parte en la cruz triunfante de su Divino Fundador, y por otra en el cetro tutelar de Constantino; la religion del imperio y todas las otras fábulas religiosas del universo sacudidas á la vez en su origen por la sola conmocion de respeto y en-

I Non modo á libertate; sed etiam a servitute degenerant. Tac. De moribus Germ.



“tusiasmo que excitaban ya desde entónces la santidad y la doctrina del Evangelio, y cada visionario pretendiendo construir con los restos de aquellos, nuevos templos al paganismo, especie de anarquía religiosa peor que las declaraciones abiertas, durante la cual todas las opiniones engendran sectas, y en la que los herejes obligan á la Iglesia, bañada todavía con la sangre de sus mártires, á suspirar por el hacha de sus antiguos verdugos.”

“¡Hijos de los hombres! aprended á concebir las maravillas que hieren vuestros ojos en el instante mismo en que Dios ha resuelto afirmar en todo el mundo el reinado del Evangelio. El único dueño absoluto del poder para obrar verdaderos prodigios extiende su mano desde lo alto de los cielos á fin de renovar la faz del cristianismo. ¿Cómo ejecutará un designio tan grande? Es necesario que suscite un nuevo apóstol dotado de un genio vasto que profundice todas las ciencias, de una elocuencia vehemente que subyugue todos los espíritus, y de una sensibilidad insinuante y dulce que abra todos los corazones. Es necesario que le comunique bastante valor y fe para consagrar á la religion los mas ricos presentes de la naturaleza, bastante virtud para conformar á su creencia sus costumbres; ó mas bien, ¿me atreveré á decirlo? es necesario á fin de conciliarle mejor la confianza de los pueblos, que desde el principio le conduzca lentamente á la verdad y á la piedad al través de todas las tinieblas que derraman por todas partes las preocupaciones, los errores y las pasiones, y que le lleve en seguida desde tan léjos á la santidad mas eminente. . . . Agustín, tú eres el genio que Dios iba á conceder á su Iglesia.”

Ya desde la lectura de este trozo podemos caracterizar el panegírico. El primer indicio de la superioridad en un discurso oratorio es la buena eleccion del asunto y la amplitud del plan, así como en los panegíricos el rango que tiene asignado el héroe en las categorías de la celebridad. Conforme á estos principios Maury escoge á San Agustín, es decir, *al mas profundo y al mas ilustrado de todos los Santos Padres, segun el soberano juicio de Bossuet.*

El panegírico debe sacar su mérito de la narracion histórica; mas por muchos y variados que sean los hechos, han de tener todos un punto de reunion que constituya la unidad oratoria y muestre visiblemente el objeto moral que se propone el escritor, sin lo cual la historia mas bella carecería de importancia y aun de objeto. Maury pretende sacar de todos los rasgos narrativos en orden á San Agustín, *todos los*

*servicios que la religion puede aguardar de un grande obispo, y toda la gloria que un grande obispo debe esperar de la religion;* objeto el mas grandioso que la sabiduría y la virtud pueden ofrecer á una voz elocente.

Para reunir al rededor de un grande hombre todos los atributos de la gloria y atraer irresistiblemente hácia él la universal admiracion, no basta mostrar sus acciones heroicas de una manera aislada y absoluta; es preciso pintar su siglo y aprovecharse de aquel cúmulo de circunstancias extraordinarias que abren un vasto camino al talento y someten una inmensidad de acontecimientos á la dominacion soberana del genio. Cuando este se mira privado de grande materia, cuando carece de un teatro vastísimo donde ejercitar su inmenso poder y desenvolver toda su energía, no es posible que se distinga en hazañas prodigiosas, ni multiplique sus conquistas. “Para elogiar á Luis XIV, dice Clavijo, fué necesario escribir toda la historia de su siglo; para celebrar dignamente al Pontífice de Hipona, será preciso reparar de una ojeada el conjunto de acontecimientos diversos, de sucesos inauditos, únicos acaso en la historia del mundo. Será indispensable trazar ese inmenso círculo en que vinieron á cruzarse tantas líneas encontradas y tantos caracteres opuestos; pintar aquella crisis política y religiosa donde con asombro terrible vemos estrellarse las glorias de Roma guerrera y de Grecia culta y literaria; la muerte del genio y del talento de las bellas artes, de la elocuencia y de la poesía; las grandes figuras históricas de los Cincinatos, Camilos, Brutos y Catones cubiertas con las espesas sombras de una época infausta; la barbarie sojuzgando la razon y extinguiendo los restos del antiguo saber; la libertad en el sepulcro, y sobre este mismo sepulcro levantándose el abominable trono del poder abusivo; el pueblo rei postrado desde su antigua grandeza y aun degradado de su brillante esclavitud, ofreciendo viles homenajes á la usurpacion, y admitiendo el freno que á su fiereza presentaban los Césares como una prenda de union y amabilidad; era preciso mostrar cómo la sangre de los mártires, inundando todos los ángulos del imperio, habia venido á reemplazar la sangre de los héroes y malvados del paganismo, que habia manchado mil veces á la señora del mundo; la religion cristiana fijando el centro de la moral y de la política, objeto unas veces de la rabia de los tronos y otras arrebatando el culto solemne y los homenajes respetuosos de insignes emperadores, apoyando una de sus manos en la Cruz del Salvador y descansando con la otra en el cetro tutelar de Constantino; las sectas mas infames de la



hereja renaciendo de sus propias cenizas y afilando la cuchilla que debía segar las gargantas de los primeros fieles; finalmente, la Iglesia desolada por la corrupcion de esta clase de enemigos, reducida ya á la dura situacion de *suspirar por el hacha de sus antiguos verdugos*. Así es como el pagueirista supo disponer la llegada de Agustín. ¿Quién es capaz de ceñirse á los límites estrechos de una simple reseña, cuando vienen á embarazarle de tropel tantas bellezas de primer orden, tantos rasgos sublimes, pinceladas tan brillantes y magistrales, pensamientos tan nuevos y tan finos, un grupo de objetos colosales todos y llenos de atractivos, cuyas formas gigantescas nunca pudiera abrazar la admiracion, ni caracterizar de una ojeada la crítica mas penetrante? El alma necesita de respirar para seguir apurando tantos dulces placeres; la imaginacion se sobrepone al juicio y la sensibilidad al talento, cuando el genio desenvuelve sus grandes y seductoras perspectivas.

Después de haber hablado del nacimiento de Agustín y pintado á este grande hombre entregado á todas las tentaciones de la indigencia, á todos los escollos del talento, á todos los peligros de la ambicion y á los excesos del deleite, de presentarle grande aun en sus mismos errores, al tocar con admirable rapidez la parte manchada de su vida, prepara la descripción de sus eminentes servicios á la causa divina de la Iglesia con este cuadro tierno y sublime de su conversion.

“Un rayo de luz le hiere y le espanta: huye; y este pirrónico que de todas las cosas dudaba, empieza á experimentar crueles inquietudes ocasionadas por esta misma duda: “remordimientos preciosos del espíritu, felices tormentos de la gracia que, conmoviendo la conciencia, ilustran la razon y producen la verdad! Sólo en medio de sus incertidumbres, pregunta á todas las sectas, y solo recibe respuestas de muerte: resiste, cede, se aleja, vuelve; lucha, sucumbe; murmura, gime, tiembla. . . . Insensiblemente caen todos sus principios, todos sus apoyos se escapan de sus manos. . . . Entonces Mónica suplica, Ambrosio truena, el golpe de la gracia pártete de la cátedra de Milán, ó mejor dicho, desde el trono del Eterno. Agustín se trastorna, Agustín se levanta, y la fe le humilla á los pies del vencedor Ambrosio, quien, después de inmortalizado por tan noble conquista de su celo y de su genio, corona de antemano al héroe de la religion, derramando sobre su frente el agua santa del bautismo.”

Al modo que si un joven arbusto no bien hubiese brotado de la tierra se trasportase por un milagroso impulso hasta los

cielos, para alimentar luego con sus frutos la inmensa familia del universo, así nos ofrece el orador á San Agustín, enriqueciendo, tan luego como nace en Jesucristo, á la Iglesia con sus obras eminentes sobre la inmortalidad del alma, las costumbres de los cristianos, el libre albedrío, la verdadera religion, sus dulcísimos soliloquios y la apología del Génesis, prueba de su raro talento para acomodar á la inteligencia del vulgo las nociones mas elevadas.

Intimidada ya su modestia por el fausto y opulencia de Roma, le arrastra luego á los muros del Tagasto, á fin de esconder aquí el brillo de su conversion, y no aparecer grande aun en su penitencia. Bien pronto recibe la imposición de las manos, y la fama de sus virtudes, de su elocuencia y de su profunda sabiduría le sienta en la silla de Hipona, donde reunido gran número de obispos africanos para celebrar un concilio, aguardan las máximas profundas, que deben preceder á sus augustas funciones, de la boca de Agustín. El orador pondera en una rápida, enérgica y elocuente narración la tierna sensibilidad, la unción, el celo, la caridad, la firmeza, la humildad y todas las prendas felices que la Iglesia busca en aquellos que deben ministrar á su pueblo la divina palabra; admira los prodigios de su elocuencia en las conversiones de Firme y Fortunado, en la presteza con que por solo el imperio de su palabra extingue las profanaciones del templo de Hipona, en la noble y vehemente intrepidez con que aplaca la encarnizada furia de los habitantes de Cesarea, que en el seno de la paz representaban la cruel imagen de la guerra civil; hermanos contra hermanos, padres contra hijos, esposos contra esposas, arrojándose piedras los unos á los otros para ejercitarse en los combates.

“En el momento de la carnicería, dice, Agustín habla, mas apenas se le escucha; habla todavía, se le admira; vuelve á hablar, y todos se turban; habla, y las lágrimas corren; habla, ó mas bien la naturaleza y la gracia hablan con él, y cayendo las armas de las manos, todos aquellos bárbaros corren, se abrazan mutuamente y se postran á sus pies; ¡he aquí el mas brillante triunfo de la elocuencia. . . .! ¡Apóstoles de la Francia! ¡he aquí lo que esperan de vosotros los pueblos confiados á vuestras santas solicitudes! Acordaos del memorable día en que encorvada bajo el Evangelio vuestra frente, os propuso el Espíritu Santo para el gobierno de nuestras tribus. Primeros pastores de la Iglesia se os llama príncipes; pero las cátedras son vuestros tronos: si os veis elevados sobre la multitud, recordad que tan ilustre prerogativa se os ha conce-



“dido únicamente para instruir á los pueblos con mayor  
“autoridad.”<sup>1</sup>

Dejamos aparte la continuacion de estos puntos morales, en que asociando diestramente en su narracion las virtudes sociales y cristianas de su héroe con las inmediatas consecuencias que de aquí puede sacar el santo desco de perfeccionarse en el ministerio augusto del episcopado, hace caminar juntamente la moral con sus narraciones encomiásticas. Veamos ahora un cuadro no ménos perfecto, donde siguiendo el orador la marcha de Agustin en los diferentes grados de su ministerio, pinta con rapidez vigorosa los auxilios que recibió de su infatigable actividad la Iglesia cristiana.

“Instruidos y edificados los pueblos, vuela Agustin á la  
“defensa de la Iglesia que, segun el testimonio de este san-  
“to doctor, proseguia su peregrinacion entre las persecucio-  
“nes de la tierra y los consuelos del cielo. Apenas iniciado  
“en el sacerdocio, habia sido el alma del primer concilio  
“de Cartago: elevado á la dignidad de obispo, vino á ser  
“anualmente el oráculo de aquellos sínodos de Africa para  
“siempre célebres en los fastos de la Iglesia, cuyo Derecho  
“público fijaron. Poseido de un ardor infatigable por la  
“religion, trabajando noche y dia á ejemplo de San Pa-  
“blo, y como el encargado de la solicitud de todas las  
“Iglesias, este Pontífice en cierto modo ecuménico reune  
“sobre sí solo los trabajos de todos los obispos. Refuta-  
“cion de herejías, interpretacion de los libros santos, insti-  
“tucion de leyes canónicas, reforma de los monasterios,  
“cartas á los emperadores, correspondencias seguidas en  
“Roma con los soberanos Pontífices; en Nola con San  
“Paulino; en Palestina con San Gerónimo; en Milan con  
“San Ambrosio y Simpliciano; en España con Oroses; en  
“las Gaulas con Severo Sulpicio, San Próspero, Lázaro  
“de Arles, Rústico de Narbona, San German, San Hilario;  
“en Constantinopla con Máximo, Longiniano, Dioscoro y

<sup>1</sup> Estas exclamaciones felices que deben mirarse como una consecuencia precisa de la narracion histórica, estas advertencias llenas de oportunidad, que deben mirarse mas bien como golpes encaminados á despertar la atencion y convertirla hácia el objeto moral de la pieza; he aquí el verdadero modo de derramar el interes en los panegíricos sagrados y hacerlos servir á su fin, sin entibiar la imaginacion con frias é inoportunas moralidades. ¿Pero no se nos permitirá reprochar al orador el que se deje arrebatar de su celo hasta el punto de menoscabar la potestad de los obispos? La idea de príncipes de la Iglesia comprende algunas otras á mas de la enseñanza.

“ todos los literatos del Bajo imperio, quienes al dirigirle  
“ sus escritos le llaman de concierto el representante de la  
“ posteridad: tales son los recreos de su apostolado; tales  
“ son los servicios que un solo obispo puede ofrecer á la re-  
“ ligion. Confundidos por su elocuencia los enemigos de  
“ la Iglesia, le estiman demasiado para no atreverse á ca-  
“ lumniarle cuando se miran incapaces de combatirle, y pa-  
“ ra rehusar conferencias públicas con él; pero nada contie-  
“ ne al obispo de Hipona, y al considerar esa multitud de  
“ victorias que consigue á favor del cristianismo, me parece  
“ que veo reproducirse el prodigio tan enérgicamente descri-  
“ to por el Espíritu Santo, cuando pinta los triunfos del mas  
“ rápido de los conquistadores en contraste con el silencio  
“ del universo: *Siluit terra in conspectu ejus.*

“¿Cuán poderosa es vuestra Iglesia, ¡oh Dios mio! cuando le dais un Pontífice como Agustin! Nunca han sido las sectas ni mas numerosas ni mas formidables que en el cuarto siglo. Desde las elevadas torres de la Basilica de Cartago Agustin convoca y desafía á todos los herejes. Los maniqueos son los primeros en aprestarse al combate; mas reducidos bien pronto por Agustin á la ignominia del absurdo ó á la confusion del silencio, no les queda ya sino la sola alternativa de una fuga vergonzosa ó de una caida inevitable: decidieronse por el primer extremo, para dar con esta evasion repentina un magnífico testimonio á la victoria de Agustin. *Siluit terra &c.*

“Para escapar á la vigilancia y al genio del obispo de Hipona, Leporio divide con el mar inmenso el teatro de sus errores y la diócesis de Agustin: viene á enseñar el nestorianismo á los Gaulas ya seducidos por el semipelagianismo. Condenado por Próculo de Marcella, tuvo la osadía de marchar á Hipona para defender su causa por sí mismo; y aunque, merced á sus intrigas, consiguió allí arrastrarse algunos partidarios, pero el ángel del Señor velaba sobre los umbrales de esta Iglesia. El hombre de la religion baja á la arena: ya oigo resonar el centro de la África sorprendida y asombrada con la retractacion de Leporio; y veo que la respuesta de Agustin al monje de Adrumeto apacigua en un instante las turbulencias fomentadas por este sectario en la iglesia galicana. *Siluit terra &c.*

“Pero qué, ¿no veo aún á Pelagio? ¿Preséntate, soberbio enemigo de la Iglesia! Tú, que exagerando las fuerzas de la naturaleza, engañas al género humano; tú, que presentando siempre las ideas bajo dos aspectos en tus



“ escritos, difundes mas abiertamente el contagio de tus  
 “ errores por los comentarios de tus discípulos, preséntate,  
 “ osa por fin mostrarte á clara luz cubierto con el velo de la  
 “ hipocrecia, envuelto en orgullo y equivocaciones. Geró-  
 “ nimo, los obispos, los soberanos Pontífices, el Oriente y el  
 “ Occidente te citan al tribunal de Agustin. Sólo, en este  
 “ momento, quiero decir, sin estar asistido por ninguno de  
 “ sus colegas, aunque todos los obispos del mundo se decla-  
 “ ran partidarios de su doctrina, sólo entonces el obispo de  
 “ Hipona me representa la Iglesia entera; él solo subyuga  
 “ la artificiosa elocuencia de Pelagio, él solo dicta su fallo  
 “ á todos los Pontífices del mundo, y todos los Pontífices del  
 “ mundo le decretan á porfia el título inmortal de Doctor de  
 “ la gracia, suscribiendo con aclamacion á la sentencia del  
 “ heresiarca. *Siluit terra &c.*.....  
 “ Yo ciertamente no podria seguir á Agustin en esta mult-  
 “ tud de conferencias, en que á las dificultades mas compli-  
 “ cadas oponia respuestas luminosas, que hoy se citan y se  
 “ citarán siempre como axiomas eternos de la fe de las Igle-  
 “ sias para la defensa de la verdad. Rompe todos los sellos  
 “ del libro misterioso, y es el único Padre de la Iglesia que  
 “ abarca en sus escritos el conjunto de la religion. No se  
 “ diga que los ataques de su tiempo estaban dirigidos úni-  
 “ camente á ciertos dogmas aislados, sino á todo el cristia-  
 “ nismo, calumniado altamente con imputarle la decadencia  
 “ de Roma y los infortunios del imperio. Suspiraba el pue-  
 “ blo por sus antiguos ídolos, vertiendo lágrimas sobre los  
 “ restos del altar de la victoria, circundados de siervos oprimi-  
 “ dos con pesadas cadenas. Las acusaciones de toda la  
 “ tierra, decia Tertuliano, reprochan al Evangelio todos los  
 “ desastres del mundo: los cristianos han venido á ser res-  
 “ ponsables de la esterilidad de las estaciones y las inunda-  
 “ ciones del Tiber. ¡Quién vino entonces á defender la  
 “ causa de Jesucristo contra el paganismo, á quien penetra  
 “ de furia el inminente riesgo de su destruccion? ¡Quién?  
 “ El invencible atleta de Hipona, Agustin cubierto de cabe-  
 “ llos blancos, harto necesario á su Iglesia en peligro tan  
 “ grande, para que una celosa rivalidad ó le apartase ó le  
 “ desconociese; él es quien se consagra por el largo espacio  
 “ de doce años á esta victoriosa apologia. ¡Abrid los oidos,  
 “ hijos de los hombres! Este anciano venerable viene de  
 “ asistir á los consejos eternos, y ha tomado el acento de la  
 “ revelacion. Escuchadle; él generaliza todas las ideas,  
 “ reúne todos sus conocimientos, despliega toda la fuerza de

“ su dialéctica y todo el poder de su genio; sube á la for-  
 “ macion de las sociedades, á la institucion de los gobiernos,  
 “ al origen de las ciencias, á los principios de las opiniones,  
 “ á los elementos de la moral, á la influencia de las religio-  
 “ nes, á la fuente de los reveses y de los errores políticos, y  
 “ su vasta comprension, abrazando la historia del universo  
 “ confrontada con el sistema de la naturaleza, desenvuelve  
 “ los planes del Creador para disipar todas las nubes, escla-  
 “ recer todas las dudas, reducir á polvo las objeciones todas,  
 “ confundir todos los sofismas de la filosofia contra el Cris-  
 “ to y contra el reino de la Cruz. ¡He aquí, señores, la Ciu-  
 “ dad de Dios! obra sábia y sublime en que San Agustin  
 “ explica con tanta erudicion como profundidad las verdade-  
 “ ras causas de la decadencia de los romanos, para justifi-  
 “ car enteramente al cristianismo, á quien imputaba Roma  
 “ degenerada la degradacion y los desastres de su imperio.  
 “ ¡Pontífices del Dios de Israel! si el obispo de una pobla-  
 “ cion reducida, casi ignorada en la Africa, pudo por sí solo  
 “ sostener esta religion que una presuntuosa impiedad mi-  
 “ raba entonces en la declinacion hácia su ruina, ¡qué no  
 “ debe aguardar hoy la Iglesia de tantos doctores eminentes,  
 “ reunidos en torno de este altar, para defenderla en el tri-  
 “ bunal de la razon contra enemigos todavia mas temibles!  
 “ .....  
 “ ¡Oh si me fuera permitido desenvolver aquí en vuestra  
 “ presencia en el plan de su gobierno pastoral, el conjunto  
 “ de principios y virtudes que vuestro apostolado exige cuan-  
 “ do os llama á la cabeza de las tribus levíticas, en que el  
 “ solo nombre de Agustin debe ser para siempre el aguijon  
 “ de vuestro celo, la señal de vuestros combates y el preser-  
 “ gio de vuestras victorias! Afirmaria yo delante de mis  
 “ maestros, que esta sagrada magistratura consiste princi-  
 “ palmente en el arte fecundo de multiplicar sus recursos,  
 “ dándola por cooperadores solo á aquellos hombres cuyo  
 “ mérito superior está garantizado por la opinion pública;  
 “ de apoderarse en el santuario de todos los talentos nacies-  
 “ tes que podrian quedar expuestos á todas las seducciones  
 “ del campo enemigo, si faltase tino para discernirlos y apli-  
 “ carlos á la religion; de dirigir sus trabajos apostólicos hácia  
 “ la felicidad de los pueblos, que nunca debe ser vista como  
 “ extraña á nuestra institucion; de desplegar todo el ascen-  
 “ diente de la autoridad episcopal á fin de proteger á los des-  
 “ graciados contra la necesidad y contra la injusticia, contra  
 “ las vejaciones y los abusos; de evitar igualmente esa cie-  
 “ ga condescendencia que no engendra sino vicios, y ese



“ amargo celo que no deja abrirse camino alguno de salud al  
 “ arrepentimiento; de elevar á los hombres sobre sí mismos,  
 “ manifestándoles aprecio; de atraer y convertir á los culpa-  
 “ bles, dejándoles percibir mas bien el dolor que la cólera; de  
 “ ligar la dignidad á la simplicidad de las costumbres, la bon-  
 “ dad á la justicia, la dulzura á la firmeza; añadir á estas cua-  
 “ lidades eminentes, que aseguran la consideracion pública,  
 “ las dulces virtudes que ganan todos los corazones; sujetar  
 “ la administracion á la lei y sacrificar algunas veces la mis-  
 “ ma lei á la caridad, que es el primero y mas sagrado de  
 “ todos los mandamientos divinos. Yo copio aquí la histo-  
 “ ria de Agustin, y el solo cuadro de sus virtudes os presen-  
 “ ta en accion el mas bello código del episcopado.”

No es fácil asignar aquí lo que mas provoca la admiracion y recrea el buen gusto, si la facilidad, rapidez y energía de la narracion, ó el arte de presentarlo casi todo en el mas alto punto de grandeza, sin traspasar con esto las leyes inviolables de un discurso oratorio. La admirable naturalidad con que fluyen de los hechos mismos reflexiones importantísimas sobre los deberes sublimes de un príncipe de la Iglesia, y se muestran al oido así la influencia prodigiosa que puede ejercer sobre su siglo el universo y la posteridad, como los adelantos que aguardan la moral y la política de su genio y su virtud; el adecuado y perfecto colorido, el primor inimitable con que están pintadas las virtudes, los talentos del santo doctor, sus triunfos adquiridos con mil reñidas y empeñadas controversias, no ménos que aquella humildad soberana superior á tanta gloria: todo esto nos hace admirar en el orador ilustre al genio de la elocuencia maravillosamente unido con el talento del escritor.

Jamas los infaustos siglos de persecucion y de crimen que afanzaron el establecimiento de la Iglesia, acrisolando la fe divina de los mártires, han aparecido mas de bulto, que cuando el orador prepara la llegada de Agustin, agobiando mui de antemano la imaginacion del auditorio con la terrible y grandiosa pintura con que abre la primera parte de su discurso. ¿Y quién puede librarse de una conmocion extraordinaria cuando mira tan vivamente descrita la conversion del Agustino! Aquella tenaz y fuerte lucha entre la verdad, que en una avenida de su luz dispó las tinieblas que cubrian el espíritu, y el error que desde el polvo donde estaba sumergido aun se esforzaba por incorporarse á la vida, levantando con rabia su orgullosa cabeza; aquellos pasos vacilantes que unas veces volvan sobre sus huellas, otras se adelantaban con arrogancia; aquella tierna madre que impelida jun-

tamente por la religion y la naturaleza, levantaba al cielo sus ruegos lastimosos pidiéndole un feliz término en aquella crisis tremenda; el incontrastable Ambrosio hiriendo las bóvedas del santuario con su voz de trueno: Agustin rendido, doblando á impulso de su grande fe la rodilla débil ante su generoso vencedor, y éste trasportado y en un éxtasis divino bañando con el agua de la regeneracion la frente sumisa del nuevo catecúmeno. ¡Admiremos aquí al Hércules orador, como dice Marco Tulio hablando de un esclarecido modelo!

¡Con cuánta sobriedad usa de los sagrados textos y lugares teológicos! No los trae nunca por testigos de su grande erudicion, sino como apoyo en que descansan sus elevados pensamientos. ¡Con qué inimitable finura se vale de las mismas palabras de su héroe para hacer su mas cumplido elogio! Con qué respetuosa firmeza recuerda al eminente cuerpo de los obispos que le escuchaban, las grandes virtudes que debian imitar en el Pontífice de Hipona.

Pero lo que sorprende mas entre tantas bellezas es ver aglomerados con increíble rapidez y energía en un brevísimo cuadro aquel cúmulo de los mas graves negocios, aquellas relaciones diversas é importantísimas que incesantemente conservaba, con las cuales mantenía el celo de los pastores y el fervor de los fieles, confortaba la fe de los ministros sagrados, uniformaba la disciplina, se asociaba en la silla de Pedro con sus dignos sucesores, y daba lecciones á los reyes; aquellas relaciones admirables que partiendo de Hipona, se extendian por todas partes y conservaban en uniforme movimiento el mundo político y el mundo religioso. Cuando leemos este soberbio cuadro, nos sentimos irresistiblemente llevados á la oracion deliberativa en que el príncipe de la elocuencia romana traza con pincel inimitable el soberano influjo y la increíble autoridad de Pompeyo.

Le trasladarémos aquí literalmente, porque es mui grato para los amigos de la literatura comparar estos pasajes tan parecidos en su forma como diferentes en su objeto. El orador latino, despues de haber hecho patente la importancia de la guerra y el tamaño de la empresa, entra en la cuestion directa, toca el mas delicado de los puntos, emprende la tarea de inclinar el ánimo de los romanos en favor del célebre Pompeyo. Comienza con una optacion de un carácter delicadísimo: muéstrase deseoso de sentir las dificultades de una eleccion á la vista de muchos capitanes eminentes, para dejar entrever que en la escasez de caudillos que la época presentaba, no podia ser difícil esta deliberacion, teniendo á la vista un general tan científico, tan valiente, tan certero,



tan famoso como el que les proponia. No teme hacer la enumeracion de las cualidades eminentes que debe reunir un general; ciencia militar, valor, prestigio y fortuna; porque sabe muy bien que no podrá presentarse militar mas sabio, soldado mas valiente, caudillo mas autorizado, ni gefe mas fortunoso. Su versacion en la guerra estaba ministrando cuantos argumentos pudieran apetecerse, para decidirse sobre un punto en que todas las teorías enmudecen ante la experiencia. Entrando pues en materia, se explica de esta suerte:

“¿Qué género de guerra puede haber en que no le haya ejercitado la fortuna de la República! Guerra civil, guerra de Africa, guerra Transalpina, guerra de España sostenida contra una liga de naciones y de ciudades belicosas; guerra de esclavos, guerra marítima, y tantas otras guerras diferentes así por su naturaleza como por la clase de enemigos, sostenidas por él solo y llevadas á cabo con el éxito mas feliz, están manifestando solemnemente que no hai secreto alguno en el arte militar que haya podido escapar á la ciencia de este grande hombre.”

I. Quod denique genus belli esse potest, in quo illum non exercuerit fortuna reipublica? Civile, Africanum, Transalpinum, Hispaniense, mixtum ex civitatibus atque ex bellicosissimis nationibus, servile, navale bellum, varia et diversa genera et bellorum et hostium, non solum gesta ab hoc uno, sed etiam confecta, nullam rem esse declarant, in usu militari positam, quæ hujus viri scientiam fugere possit.

Jam vero virtuti Cn. Pompeii quæ potest par oratio inveniri? quid est, quod quisquam aut dignum illo, aut vobis novum, aut cuiquam inauditum possit afferre? Neque enim illæ sunt solæ virtutes imperatoricæ, quæ vulgo existimantur, labor in negotio, fortitudo in periculis, industria in agendo, celeritas in conficiendo, consilium providendo: quæ tanta sunt in hoc uno, quanta in omnibus reliquis imperatoribus, quos aut vidimus, aut audivimus, non fuerunt. Testis est Italia, quam ille ipse victor, L. Sulla, hujus virtute et subsidio confessus est liberatam; testis est Sicilia, quam multis undique cinctam periculis, non terrore belli, sed celeritate consilii, explicavit; testis est Africa, quæ magnis oppressa hostium copiis eorum ipsorum sanguine redundavit; testis est Gallia, per quam legionibus nostris in Hispaniam iter Gallorum internecone patefactum est; testis est Hispania, quæ sæpissime plurimos hostes ab hoc superato prostratosque conspexit; testis est iterum et sæpius Italia, quæ, quum servili bello tetro periculosoque premeretur, ab hoc auxilium absente expetivit: quod bellum ex expectatione Pompeii attenuatum atque imminutum est, adventu sublatum ac sepultum. Testes vero jam omnes oræ, atque omnes externa gentes ac nationes, denique maria omnia, tum universa, tum in singulis omnes sinus atque por-

“Y bien; ¿qué elocuencia seria bastante para elevarse á la altura de Pompeyo, tratándose de sus cualidades guerreras? ¿Qué podría yo decir aquí digno del héroe, nuevo para vosotros, ó desconocido para alguno? Porque los talentos de un general no están reducidos á lo que vulgarmente se cree, á la actividad laboriosa en los negocios, el valor en el peligro, el cálculo en las empresas, la rapidez en su ejecucion, el alto consejo en las medidas, cualidades que se reñen todas en este general en un grado tan alto como no han figurado hasta aquí en ninguno de los que hemos conocido ó hemos oido celebrar. Testigo de esto es la Italia, que, segun el testimonio de Sila siendo vencedor, se salvó por el valor y eficaz auxilio de Pompeyo: testigo la Sicilia, que, circundada por todas partes

tus. ¿Quis enim toto mari locus per hos annos aut tam firmum habuit præsidium, ut totus esset, aut tam fuit abditus, ut lateret? Quis navigavit, qui non se aut mortis, aut servitutis periculo committeret, quum aut hieme, aut referto prædonum mari navigaret? Hoc tantum bellum, tam turpe, tam vetus, tam late divisum, atque dispersum, quis unquam arbitraretur aut ab omnibus imperatoribus uno anno, aut omnibus annis ab uno imperatore confici posse? Quam provinciam tenuistis á prædonibus liberam per hosce annos? quod vectigal vobis tutum fuit? quem socium defendistis? cui præsidio clasibus vestris fuisistis? quam multas existimatis insulas esse desertas? quam multas aut metu relictas, aut á prædonibus captas urbes esse sociorum?

¿Quis enim inquam, aut obeundi negotii, aut consequendi quasvis studio, tam brevi tempore, tot loca adire, tantos cursus conficere potuit, quam celeriter, Cn. Pompeio duce, belli impetus, navigavit? qui nondum tempestivo ad navigandum mari Siciliam adiit, Africam exploravit, inde Sardiniam cum classe venit, atque hæc tria frumentaria subsidia reipublice firmis præsidis classibusque munivit. Inde, se quum in Italiam recepisset, duabus Hispaniis, et Gallia Cisalpina præsidii ac navibus confirmata, missis item in oram Illyrici maris, et in Achaïam omnemque Greciam navibus, Italia duo maria maximis classibus firmis præsidis adornavit; ipse autem, ut á Brundisio profectus est, undequingagesimo die totam ad imperium populi Illyricam adjunxit; omnes, qui ubique prædones fuerunt, partim capti interfectique sunt, partim unius hujus imperio ac potestati se dederunt. Idem Cretensibus, quum ad eum usque in Pamphyliam legatos deprecatoresque mississent, spem ditionis non ademit, obsidesque imperavit. Ita tantum bellum, tam diuturnum, tam longe lateque dispersum, quo bello omnes gentes ac nationes premebantur, Cn. Pompeius extrema hieme apparavit, incunte vere suscepti, media æstate confecit.



de numerosos enemigos, quedó libre ménos por el terror de sus armas que por la rapidez de su decision: testigo la Africa, inundada con la sangre de los innumerables enemigos que la oprímian: testigo la Gaula, por la cual abrió paso á nuestras legiones sobre los cadáveres de sus habitantes: testigo la España, que innumerables veces vió multitud prodigiosa de enemigos, no solamente derrotados, sino postrados en tierra por solo Pompeyo: testigo todavía una y muchas veces la Italia, que desolada por la terrible y peligrosa guerra de esclavos, ansiaba por el socorro de Pompeyo ausente á la sazón; y en efecto, esta guerra, debilitada y disminuida notablemente por sola su expectativa, desapareció del todo desde el momento en que se presentó á conjurarla: testigos por último todos los países, todas las naciones, todos los pueblos extrangeros, los mares todos ya en su conjunto ya en cada una de sus bahías y puertos: porque, ¿qué lugar en todos ellos ha existido durante estos últimos años, ni tan fortificado que resistiese á la invasion, ni tan oculto que huyese á la vista de los piratas? ¿Qué viajero se atrevia á embarcarse sin exponer su vida ó su libertad, ya por el rigor de la estacion en el invierno, ya en las otras estaciones por su impotencia para resistir á la multitud de piratas que infestaban los mares! ¿Y quién habria juzgado nunca que semejante guerra tan difícil, tan vergonzosa, tan antigua y sostenida, que parecia interminable, hubiera podido concluirse ó en un año por todos los generales, ó en todos los años por un solo caudillo! ¿Qué provincia habéis podido conservar libre de los piratas! ¿Qué renta habéis tenido segura? ¿A qué aliado defendisteis! ¿A quién llevasteis con vuestras naves de guerra un socorro eficaz! ¿Cuántas ciudades aliadas desiertas, cuántas otras abandonadas por el terror ó esclavizadas por los piratas!”

Pondera el orador en una rápida y enérgica pretermission todos los males que Roma sufría y de que se vió libre por la mano de Pompeyo; y para encarecer todavía mas el eminente mérito de este caudillo, pinta de esta suerte la celeridad con que todo fué ejecutado. “¿Qué hombre, dice, impulsado por la necesidad de concluir un urgente negocio, ó estimulado por el aguijón de la codicia, logró nunca hacer tan rápidas expediciones por lugares tan diversos con la celeridad con que Pompeyo hizo correr sus flotas por los mares? En efecto, ántes de la estacion favorable para la navegacion se presenta en Sicilia, explora la Africa y vuelve de aquí á Cerdeña con su armada: provee á la

necesidad de aquellas tres provincias que alimentan á la República, y deja allí guarniciones y escuadras bastante fuertes para defenderlas. De regreso á la Italia y después de haber tomado todas sus medidas precautorias relativamente á las dos Españas, á la Gaula Cisalpina, á las costas de Iliria, de Acaya y de toda Grecia, cubre nuestros dos mares con flotas considerables y asegura nuestras riberas con guarniciones poderosas. Embárcase de Brindis, y en ménos de cincuenta dias reúne al imperio toda la Sicilia: al aproximarse, los piratas desaparecen de toda la extension de los mares, exterminados los unos, rendidos á plena discrecion los otros. Los Cretenses le mandan embajadores hasta la Pamfilia; pero Pompeyo les exige rehenes, sin quitarles por esto la esperanza del perdón. De esta suerte Cn. Pompeyo dispuso al fin del invierno, comenzó al nacer de la primavera y dió cabo feliz en medio del estío á la conclusion absoluta de una guerra tan grande, tan prolongada, tan prodigiosamente esparcida; una guerra que habia oprimido largo tiempo á todos los pueblos y naciones!”

Tráigase á la comparacion con este bello pasaje de Marco Tulio, el que se ha leído poco há del cardenal Marry: “Instruidos y edificados los fieles,” &c., y se verá cuánto excede la elocuencia sagrada sobre la profana por la importancia de sus asuntos, la altura de sus inspiraciones y los caracteres intrínsecos de su perfeccion. Pero no debe ser esta la única consecuencia que de allí se deduzca: es necesario advertir así mismo todo el partido que los oradores sagrados pueden sacar de la lectura de los oradores profanos de la antigüedad. Bien manifiesta en el pasaje trascrito el panegirista de San Agustín, que las obras de Ciceron y de Tácito le eran harto familiares: sobre todo la lectura del primero se hace sentir notablemente en el cuadro animado y edificante de las victorias de San Agustín. Pompeyo, desarrollando un genio incomparable para triunfar casi instantáneamente de los enemigos de la república romana, y San Agustín, haciendo caer á sus piés á todos los enemigos de la Iglesia católica, ministraban, el uno á Ciceron y el otro á Marry, la rica materia de los mas bellos cuadros con que se honra la elocuencia. Sorprendente, cuanto mas no cabe, nos parece la semejanza que hai entre ambos, sin embargo de versarse en asuntos y pertenecer á géneros tan diversos. Sirva esto de estímulo á la juventud estudiosa para no descuidar el cultivo de las literaturas antiguas á tiempo de hacer el estudio de la literatura moderna.